

1. La eliminación del racismo en un mundo en evolución: argumentos para una nueva estrategia

Doudou Diène

Afirmamos asimismo que todos los pueblos e individuos constituyen una única familia humana, rica en su diversidad. Han contribuido al progreso de las civilizaciones y las culturas que constituyen el patrimonio común de la humanidad. La preservación y el fomento de la tolerancia, el pluralismo y el respeto de la diversidad pueden producir sociedades más abiertas.

(Párrafo 6 de la Declaración de Durban)

Introducción

Las implicaciones culturales de la globalización son tales que ha llegado ya la hora de replantearse la cuestión del racismo, la discriminación racial y la xenofobia. El debate acerca del origen étnico y de la cultura que plantea la globalización se acentúa con las presiones, reales o aparentes, de la estandarización cultural que dimana de las actitudes de los mercados globales – indiferentes ante la identidad cultural y la especificidad nacional –, de la preponderancia de valores materialistas como el consumo y la competición, así como del menosprecio de los valores y la conducta espiritual y religiosa.

Estos perturbadores acontecimientos dan lugar, a su vez, a una mayor sensibilidad acerca de la identidad y potencian la concienciación de las personas, las naciones y las comunidades afines. Paradójicamente, la «aldea global» que se extiende por el mundo más bien ha dado lugar a más aldeas y a más insularidad que a una conciencia global. De semejante caldo de cultivo se nutren, crecen y se propagan el racismo, la discriminación y la xenofobia, hasta tal punto que se convierten en un lugar común. La hiper-sensibilidad en cuanto a la identidad, lo que en sí es una reacción de defensa ante la estandarización, está fomentando actitudes insulares sobre la base de la noción de nación, comunidad, grupo, raza, religión, forma y estilo de vida o sobre «los valores que todos compartimos». En el contexto ideológico de lucha contra el terrorismo que siguió a los ataques del 11 de septiembre de 2001, el ámbito religioso sirve cada vez más de válvula de escape para la discriminación y el racismo. Se vincula la religión con el origen étnico y ambos son blanco de actos deliberados de discriminación¹.

Los más radicales, violentos e irresolubles de los mayores conflictos de hoy en día son principalmente los antagonismos culturales que comparten la característica común de la emergencia de la figura del «otro» como la amenaza, el enemigo o el ser que se considera diferente o extranjero. La cultura de la discriminación contra el extranjero, el

Las dimensiones del racismo

«otro», particularmente con la apariencia que este último actualmente reviste – no nacional, refugiado o migrante –, se ve avivada por una alarmante tendencia: el surgimiento de una nueva variante de etnocentrismo que pretende justificarse interpretando las diferencias como antagonismos. La conciencia de lo diferente se ve reforzada a través de los modos tradicionales de expresión: la apariencia externa – las características físicas o simplemente el atuendo – así como los niveles de desarrollo y las maneras de vivir. El rechazo a reconocer al «otro» y las imágenes negativas de éste evolucionan en el ámbito cultural, donde encuentran tanto la justificación de sí mismas como las formas más radicales de expresión. La falta de respeto cultural, resultante del etnocentrismo o de una estructura ideológica que justifica la dominación, es un fundamento sobremanera sólido, explícito o implícito, en el que reposan la mentalidad discriminatoria dominante y las nuevas formas de racismo. El «extraño» forastero, que antes era nuestro vecino, pasa ahora a ser el objeto principal y central de las formas de discriminación, tanto antiguas como nuevas, el punto central de los debates políticos y un tema de tergiversación mediática.

La ideología y la dialéctica de la discriminación y del racismo han cercado ahora a la nueva tecnología de la comunicación, como Internet, explotándola para sus propios fines². La disyuntiva entre el respeto de ciertos principios, como la libertad de pensamiento y de expresión, y las leyes y principios antirracistas y antidiscriminatorios, pone de manifiesto los nuevos desafíos y la necesidad de encontrar nuevas respuestas y estrategias. En este contexto se entrelazan la realidad, la ficción, la fantasía y las estrategias de poder, control y dominación, tergiversando cualquier entendimiento objetivo de la cuestión o cualquier intento de elaborar una respuesta exhaustiva y perdurable.

Habida cuenta de todo ello, hemos de idear nuevas estrategias para luchar contra el racismo, la discriminación y la xenofobia. Nuestras acciones se deben nutrir del debate acerca de los orígenes, la forma de operar, los procedimientos, las manifestaciones y las formas de expresión (abiertas o sutiles) propias de la discriminación y del racismo. Dicho de otra forma, hace falta una estrategia intelectual para desentrañar las raíces culturales del racismo y de la discriminación que, desde tan hondo, urden esas actitudes y esa conducta. A nuestro entender, estas raíces culturales deben servir de información y sentar las bases del ordenamiento jurídico y de la normativa necesaria para erradicar el racismo.

1. Diversidad e identidad

De la esencia de la cultura y de la conducta discriminatoria dimanan dos conceptos algo difíciles – la diversidad y la identidad – que conforman y sirven de sustento tanto a las nuevas como a las antiguas manifestaciones del racismo.

La diversidad

El concepto de diversidad se considera cada vez más como la respuesta tanto al riesgo de la estandarización inducida por la globalización, como a las formas extremas de reacciones humanas, como la fidelidad absoluta a la identidad que se funda en la cultura, la religión, la etnia y la comunidad. No obstante, el concepto de diversidad conlleva connotaciones ideológicas e históricas. Como concepto, la diversidad es un hecho innegable de una realidad o de una situación social, cultural, étnica o religiosa. Por consiguiente, es sumamente específica dentro del propio ámbito político, filosófico e ideológico. La diversidad no es de por sí un valor en el sentido ético del vocablo, pues la noción conlleva fuertes connotaciones del pensamiento filosófico y científico que imperaba en los siglos XVIII y XIX.

Las investigaciones científicas y filosóficas de las especies y de la diversidad racial en ese entonces dieron lugar a teorías relativas al orden jerárquico de las distintas especies y razas³. Estas teorías sirvieron de apoyo ideológico y filosófico, no sólo para desarrollar otras teorías de discriminación racial, étnica, social y religiosa, sino también como marco intelectual para justificar operaciones que eran formas de explotación o de dominación, como la trata de esclavos y la colonización. En este contexto, se consideraba que la diversidad, en la teoría y en la práctica, significaba una «diferencia fundamental» y servía de marco para interpretar o justificar una jerarquía de razas, culturas y civilizaciones. Precisamente esta explotación de diversidad es el meollo del etnocentrismo. El etnocentrismo ha sido siempre y en todas partes, desde el punto de vista histórico, ideológico y cultural, el producto de una interpretación de la diversidad como diferencia radical, como la discriminación y la desigualdad del «otro». Los recientes conflictos en la región de los Grandes Lagos africanos y en los Balcanes confirman que no sólo impera hoy la ideología de la discriminación, sino que puede revestir la forma más extrema y formidable, a saber, el genocidio, la eliminación física del «otro».

En el ámbito histórico, el etnocentrismo heredó esta ideología a través de la antropología colonial. Los sujetos colonizados se consideraban, presentaban y trataban, única y específicamente en cualquier clase de relación, como un grupo étnico, que no tenía o era incapaz de tener cualquier visión coherente u organizada de identidad nacional, étnica o cultural. Las interpretaciones teóricas de «grupo étnico» en el período colonial, en que se hacía hincapié en los aspectos culturales (idioma, religión) o filosóficos, apestan a oportunismo científico, cuya única finalidad, tras esa fachada científica, era reforzar y justificar la discriminación, la dominación y la explotación. Y en la era poscolonial, los conceptos de diversidad y de etnocentrismo han sido objeto de recientes tergiversaciones políticas.

Por consiguiente, el etnocentrismo y la diversidad no son contradictorios ni paradójicos, sino más bien complementarios y se han de aprovechar y comprender de distintos modos. La interpretación de la diversidad como una diferencia no es un mero fenómeno histórico. En el contexto actual, en que la globalización se considera una fuerza

Las dimensiones del racismo

para la estandarización, se trata de un factor que podría reforzar la reacción defensiva, amparándose en la identidad, que constituye la parte esencial de las formas actuales de conflicto étnico y de animosidad contra la inmigración. Por consiguiente, el fomento de la diversidad, de por sí, se puede explotar para exacerbar la discriminación, la hiper-sensibilidad o la insularidad, al tratarse de la identidad (étnica, cultural o espiritual). Una de las ideas más importantes de las prácticas y de las teorías discriminatorias es la idea de la diversidad, entendida únicamente como diferencia y también otro concepto equívoco: la identidad. Este concepto también se debe analizar de forma crítica.

La identidad redefinida

Toda la historia de las relaciones entre los pueblos pone de manifiesto la influencia determinante de los malentendidos acerca de la identidad. Al igual que el bifrente Jano, el concepto de identidad tiene una cualidad que es, a la par, una afirmación del yo y una negación del «otro». A la luz de una larga memoria histórica y de una constante dialéctica fundamental – movimiento-encuentro-interacción – que ha caracterizado a todas las civilizaciones y culturas, es imperativo fomentar un nuevo sentido de la identidad (étnica, cultural o espiritual) a fin de evitar la insularidad de esta perspectiva y de no dejarse influir por una mentalidad de gueto, sino comprenderla, acogerla y vivirla como un proceso, un encuentro y una síntesis dinámica. Así pues, en un contexto en que la identidad es fundamentalmente introspectiva, en que, como evidencia la mayoría de los conflictos actuales, quien antes era nuestro vecino ha pasado a ser ahora nuestro enemigo, hay una necesidad de presentar la identidad con múltiples facetas, entretejida, en constante mutación, esencialmente estratificada y múltiple. Por consiguiente, la identidad expresa la misteriosa alquimia mediante la cual un pueblo recibe, transforma y asimila las influencias de otras partes en la dialéctica del dar y tomar, lo que quiere decir que se debe fomentar la idea según la cual la identidad puede ser el fundamento de un código ético, que posibilite redescubrir la comunidad local. Mas esto ha de hacerse de tal forma que la diversidad, por sí sola, al igual que la mentalidad de gueto, no se interprete como el aislamiento, la exclusión o las diferencias insuperables, ni sirva para sentar una base ideológica de apoyo a la cultura y a las prácticas discriminatorias. Es imperativo que la fructífera dialéctica de la unidad y de la diversidad gane aceptación en cada sociedad y en el ámbito internacional.

La «biocultura»

Una estrategia constante para erradicar la cultura y la ideología de la discriminación se puede enfocar desde la lección fundamental de la biodiversidad, según la cual la existencia de distintas especies, así como la interacción entre las mismas, es fuente y condición de vida, siendo perjudicial la desaparición de cualquiera de estas especies para el ecosistema en su conjunto. Si transponemos esta lección al plano de «la vida en común», se plantea una nueva visión de las relaciones humanas sobre la base de la

dialéctica de la unidad y de la diversidad, así como del entendimiento y de la difusión de valores de polinización cruzada entre las culturas, los pueblos, los grupos étnicos y las religiones, como condición fundamental para la vitalidad de cualquier sociedad y todavía más para su supervivencia. El diálogo entre culturas y civilizaciones se reconoce así como la expresión de una forma de «biocultura».

La diversidad como pluralismo

Por consiguiente, la erradicación de la discriminación implica que la diversidad deje de ser un concepto con carga histórica e ideológica para transformarse en un valor – el pluralismo – que enlace la diversidad y la unidad de forma dialéctica. El pluralismo étnico, social y espiritual es un valor fundamental en la lucha contra todas las formas de discriminación, particularmente en el ámbito de la globalización. Es posible definir el pluralismo como el reconocimiento, la protección, el fomento y el respeto de la diversidad. El pluralismo expresa, en su sentido más profundo, tanto el reconocimiento como la protección debidos a las especificidades étnicas, culturales o espirituales, así como la aceptación de estos valores que, en una sociedad determinada, van más allá y trascienden estas especificidades. Así pues, en este sentido, el pluralismo es el valor operativo en la dialéctica unidad/diversidad que ofrece la base más sólida para la estabilidad y la armonía en las sociedades multiculturales. De esta manera, fomentar el pluralismo podría constituir el valor fundamental en torno al cual se ha de construir cualquier estrategia para erradicar la discriminación de la manera más profunda y sobre una base duradera. Una estrategia global en este sentido conlleva potenciar el pluralismo como valor, con medidas prácticas y elaboradas democráticamente en los ámbitos del derecho, la educación, la información y la comunicación, así como su aplicación en sectores de la sociedad en que repercute la discriminación, como son el empleo, la vivienda, los cuidados de salud y la educación, entre otros.

A fin de cuentas, lo que se persigue es velar por que el diálogo cultural sea posible para que las personas se conozcan, a la par que logren el reconocimiento de sí mismas. Dicho de otra forma, la ecuación cultural que todas las sociedades y la comunidad internacional deben resolver es cómo vincular la protección y el respeto de la especificidad (étnica, espiritual, comunitaria o de otro tipo) con el reconocimiento de los valores compartidos que abarcan y trascienden estas especificidades.

2. Una estrategia intelectual contra el racismo y la cultura de la discriminación

La historia

La historia es el teatro de la contienda en que las culturas, las civilizaciones y las gentes han forjado su identidad y la manera en que se relacionan entre sí. Por consiguiente, ahora se ha de prestar particular atención a la historia, al lugar en que tienen

Las dimensiones del racismo

su origen igualmente todos los malentendidos, los conflictos, las amistades y las enemistades. Gracias a la memoria y, más concretamente, a la visión que amplía la historia se podrán descubrir los procedimientos, los mecanismos y las formas de expresión del racismo y de la discriminación y seremos capaces de remontarnos a sus más recónditos orígenes. Así pues, lo que más urge en este momento es que todos los pueblos, cada uno por separado y todos en conjunto, lleven a cabo una expedita revisión del recuento de la historia, de su contenido y de las lecciones que de ella se desprenden, sobre todo por lo que respecta a cómo se conformó la propia identidad y cómo se forjó la imagen del «otro».

La educación

La educación y el sistema educativo son, a largo plazo, la forma más idónea de lograr un cambio de actitud. Con ellos se aprende, se adquieren conocimientos y valores, se transmiten percepciones e imágenes que se enraízan; de igual modo, en ellos, antes que nada y por encima de todo, se deben inculcar, con firmeza, los principios del diálogo y del pluralismo. La educación intercultural es, en este sentido, una catarsis que obliga a cada pueblo y cultura a desarrollar una visión crítica de sí mismos, a poner en tela de juicio las certidumbres, a derribar barreras y poner fin a su insularidad⁴. De igual modo, la comunicación, que es el vehículo para formar y proyectar la propia imagen y la imagen del «otro», ha de ser igualmente intercultural, para poder concretar la necesidad del diálogo y del intercambio que encierra la admirable expresión de Sean MacBride: «Un solo mundo, voces múltiples».

El intercambio económico

El comercio es también un vehículo idóneo para el pluralismo y el diálogo y, por ende, para erradicar la cultura de la discriminación. Desde tiempos inmemoriales, en todos los continentes, el comercio ha sido un vehículo propicio para encuentros culturales, artísticos y espirituales, así como para la difusión y la interacción. Por consiguiente, se trata de ir más allá de las atractivas, incluso falsas teorías de antagonismo entre la cultura y el comercio y de hacer que el valor del diálogo sea el centro del proceso de intercambio, que es lo que fundamentalmente caracteriza al comercio.

Cabe señalar, en este ámbito, el insidioso renacimiento de una nueva dialéctica de la discriminación, con teorías, explícitas o implícitas, que tratan de explicar el subdesarrollo por la presencia e influencia, dentro de las sociedades concernidas, de valores arcaicos y desusados contrarios a la «modernidad». Según estas teorías, el subdesarrollo es la manifestación de una forma de inferioridad cultural.

El crecimiento y el desarrollo no deberían ser la respuesta a una u otra forma de modelo de mercado o de pensamiento comercial, sino reflejar la «polifonía» de actitudes ante la vida y las maneras de vivir. Las cuestiones que se plantean en el diálogo entre las culturas y las civilizaciones deberían ser un factor clave en las negociaciones

comerciales y la economía mundial. Así pues, un código ético basado en la cultura podría ser un modo de paliar los aspectos negativos de las corrientes comerciales.

3. El entendimiento mutuo a través de la interacción

Se suele considerar el entendimiento mutuo como la única y la mejor respuesta ante el desconocimiento del «otro» y los antagonismos culturales. No obstante, este modo de entender se limita, por lo general, a la dimensión estética de la cultura, al mero disfrute de las formas de expresión del «otro», ya sean artísticas, musicales, culinarias o arquitectónicas. Este conocimiento superficial no siempre implica un entendimiento más profundo ni el respeto extremado de los valores humanos y espirituales, ni siquiera que se haya llegado a un hondo conocimiento de la personalidad del extranjero. Así pues, a guisa de ilustración, puede ocurrir que una vez de regreso a su país, el turista rechace o discrimine contra el extranjero cuya máscara, monumento, vestimenta o gastronomía haya admirado en sus vacaciones. La historia de los conflictos culturales recientes demuestra que por razones ideológicas, políticas o religiosas, quien antes era nuestro vecino – persona, comunidad o cultura – puede de repente trocarse en el actual enemigo a quien se debe hacer el vacío y contra el que hay que discriminar.

Mediante un estudio detenido se puede observar que el origen de muchos conflictos es, a menudo, una manifestación extrema de la mentalidad de gueto por razones étnicas, religiosas o culturales. Así pues, para el desarraigo de nuestro racismo intelectual y de la discriminación hay que complementar y enriquecer el mutuo entendimiento, sacando a la luz pública y tomando conocimiento de las formas de interacción o de influencia recíproca entre las culturas, las civilizaciones y las tradiciones espirituales. Esta dimensión interactiva no se ha estudiado, comprendido ni explorado lo suficiente. Sin embargo, ésta es precisamente la fuerza que mueve todas las relaciones humanas y que puede acabar con la mentalidad de gueto que caracteriza fundamentalmente a la cultura y a la práctica de la discriminación y del racismo.

Lecturas complementarias

Fredman, S. (ed.), *Discrimination and Human Rights – The Case of Racism*, Oxford University Press (ed.), 2001.

International Council on Human Rights Policy, *The Persistence and Mutation of Racism*, Ginebra, 1999.

Temas de debate

Identifiquen y hablen de los conceptos clave de que se sirve el autor para elaborar su estrategia de lucha contra el racismo. ¿Crean que su estrategia es convincente? ¿Qué nos pide el autor que hagamos con respecto a la historia? ¿Habrá que narrarla de nuevo o entenderla de otra forma? ¿Cómo se podría lograr esto? ¿Pueden buscar

Las dimensiones del racismo

ejemplos de cómo las relaciones comerciales han configurado su sociedad y cultura autóctonas?

Referencias

- ¹ La situación de los musulmanes y los árabes en diversas partes del mundo después del 11 de septiembre de 2001, informe del Sr. Doudou Diène, Relator Especial sobre las formas contemporáneas de racismo, discriminación racial, xenofobia y formas conexas de intolerancia (E/CN.4/2003/23, 3 de enero de 2003). Véase también el capítulo 11, en que se debaten las investigaciones realizadas acerca de la cobertura de los medios de comunicación contrarios al Islam y a los musulmanes después del 11 de septiembre de 2001.
- ² El capítulo 11 trata del uso de Internet por parte de grupos racistas.
- ³ Banton M., *Racial Theories*, Cambridge University Press, 1987.
- ⁴ El capítulo 3 versa sobre la educación y, en particular, la educación de derechos humanos como antídoto contra el racismo.